

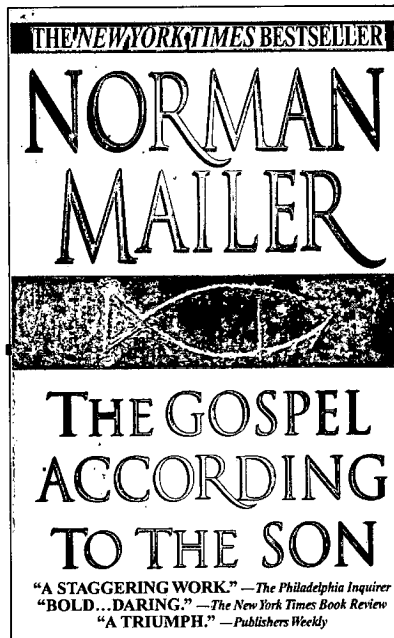
Carpintero y Dios

JOSÉ RAFAEL BRICEÑO

Un olvidado autor norteamericano, evocado por Carlos Fuentes en su *Gringo Viejo*, solía viajar sólo con dos libros que según su criterio eran los únicos que valía la pena leer: El Quijote y la Biblia. Para aquel novelista auto-exiliado en el México revolucionario constituían quizás las mejores obras, la ficción absoluta y la verdad absoluta, aunque es difícil precisar si respectivamente. El excepcional mitólogo Joseph Campbell las hubiera tomado a ambas como excelentes ejemplos de un tema recurrente en el subconsciente colectivo humano, la tarea del héroe.

Norman Mailer, agudo escritor y director de cine norteamericano, acaba de publicar, no hace menos de un año, su *Evangelio según el Hijo*. Es este un trabajo que cumple con una tradición de autor en madurez: abordar ya sea desde la ficción o desde el ensayo la polémica figura del hombre más influyente de los dos últimos milenios en Occidente.

Varios problemas ha presentado siempre este reto, siendo el primero acercarse con humildad a un texto que pareciera no necesitar de una coma más. Mailer, gran provocador y crítico de sus tiempos, pluma ácida que sin reparos tocó los tabúes de Vietnam y el Sueño Americano cuando otros aún callaban, está llegando evidentemente a la sencillez de quien se asume polvo. El libro no es un texto con intenciones teológicas, y, aunque queda del espíritu inconformista y a veces irónico del autor, logra un ejercicio de reinterpretación y revisión más inteligente que "La última tentación de cristo", donde el juego con temas trillados como la sexualidad



se lleva por delante posibilidades hermosas de visitar al cristo hombre.

El texto de Mailer presenta a un narrador que, como el sobreviviente de alguna noticia de la que sólo han escrito espectadores y entrevistadores, relata las cosas tal y cómo ocurrieron, sencillamente. Desde el principio supera además otro obstáculo importantísimo, nos da, como ya lo ha acotado Updike, un lenguaje que no desdeña de la poesía ni pierde la magia del contador de historias que está presente en el lenguaje bíblico clásico. Produce un texto de forma digna que evoca ese asombro y a la vez esa cercanía de las escrituras hasta en la división de capítulos cortos con nudos y relatos claros.

Además de este logro formal, Mailer aporta una cantidad de elementos narrativos que enriquecen el acercamiento al personaje de Jesús. Primero que nada el nazareno fue carpintero y lo fue durante un período suficientemente largo de su vida como para que su visión del mundo, su lenguaje y las imágenes que usaba para comprenderlo estuviesen marcados por este oficio. Así nos da un hombre de carácter sencillo, en una tarea que siente más grande que él. Destaca por otro lado la figu-

ra de María, una verdadera madre judía, muy distinta de la dócil y callada mujer que ha construido el culto cristiano. Sin caer en estereotipos Jesús mantiene una relación con María de donde no escapan las desavenencias, ni la culpa, se trata de una madre que "...tenía el corazón lo suficientemente grande como para una reina, pero como todas las reinas no disfrutaba de lo que no comprendía"¹. Judas, es por otro lado, el apóstol cuyo corazón no logra descubrir mirándole a los ojos, y sin embargo a quien en cierto momento más ama, pues es el único que le es completamente franco. Son muchos los detalles que construyen este evangelio en primera persona, y este un espacio sólo para tentar a la lectura.

El logro de Mailer, a pesar de casi traicionarlo en sus últimos capítulos, es la figura de un Jesús más que humilde, ingenuo (carácter este más humano que el primero) y quien desde esa ingenuidad, y ayudado de un sentido común claro y cercano, aborda una posibilidad para el hombre más grande que el hombre. Recrea para nosotros la invitación que la figura de Jesús, ya sea como historia o como mitología, representa: la invitación a una aventura espiritual donde la confusión del corazón humano no será un obstáculo, sino el único camino al descubrimiento del amor como opción.

1 traducción del autor.

JOSÉ RAFAEL BRICEÑO
Profesor de Historia de la Cultura y
Arte y Comunicación en la UCAB.